

UN HUERTO DE ROSAS
Sobre el MAM de José María
Lozano en Catarroja, Valencia

“Ayer leí en el periódico que había muerto un arquitecto racionalista. Sí, pero vuestro padre tenía un huerto de rosas en el jardín.” Así escribía Gustavo Torner a los hijos de Julio Cano Lasso al poco de morir su padre. Y con estas emocionantes palabras tan hermosas resumía bien el espíritu de una arquitectura de primer orden que era la que hacía Julio Cano Lasso.

Pues yo creo que José María Lozano también tiene su huerto de rosas. Y también tiene unas sólidas raíces racionales que hacen que ponga siempre en pie esa arquitectura luminosa y serena que tan bien le caracteriza. Una arquitectura de raíces racionales donde la “firmitas” y la “utilitas” bien desplegadas hacen que siempre aparezca en todo su esplendor la “venustas” reclamada por Vitrubio. Una arquitectura luminosa como bien corresponde a un muy buen arquitecto mediterráneo.

No nos sorprende ya, en los días que corren, el que al abrir una revista de arquitectura uno se encuentre con el “más difícil todavía”. Y no tanto porque aparezcan nuevas ideas materializadas, sino porque aparecen multitud de formas extravagantes a las que no es fácil encontrar sentido alguno. Todo está como invadido de aquello que cuando éramos alumnos llamábamos formalismo.

Se curva, se tuerce y se retuerce, se pliega y se repliega, se gira, se inclina, se agita, se colorea, se arruga, y ya no se sabe bien cómo describir tanta agitación formal. Y encima los hay que lo hacen con cierta gracia. Y otros, pocos, hacen tantas obras que son capaces de hacerlo un día recto y al día siguiente torcido, un día horizontal y al día siguiente inclinado. E incluso son capaces de hacerlo a la vez recto y torcido, horizontal e inclinado, todo a la vez. Y consiguen que todos aplaudan. Un prodigio de la naturaleza.

Y no será porque la Historia de la Arquitectura no nos siga enseñando como un libro abierto. Cuando Mies van der Rohe en 1921 traza la planta de la transparente torre para el concurso de la Friedrichstasse, no utiliza ni un ángulo recto. Pero había razones profundas para hacerlo así. Tal era su empeño en mostrar y demostrar la transparencia cristalina a la que podía, también en vertical, llegar la Arquitectura. Y en una vuelta de tuerca más, concibe y dibuja esa actualísima fachada curva cristalina para su Glass Skyscraper de 1922. Más que sólo propuestas formales, Mies lo que trataba era de materializar ideas, de levantar manifiestos.

Pues eso, materializar ideas, construirlas de la mano de la luz, en la eterna lucha por vencer a la gravedad, es lo que hace José María Lozano. Y así, recta a recta, caja a caja, con puñados de luz y de aire, ha construido un hermosísimo edificio que es el Museo Antonia Mir. Este Museo es una pequeña joya, o mejor todavía, una preciosa colección de cajas bien concatenadas para bien temperar el aire allí contenido. Y tensar la clara luz mediterránea que allí tan

bien se llega. Ideas como la continuidad espacial o la transparencia están allí materializadas. Y la luz y el aire discurren por aquellas tramas ortogonales con la libertad con que las notas musicales lo hacen sobre los pentagramas.

Claro que esta arquitectura que ahora vemos está en lógica continuidad con la obra anterior de José María Lozano. Desde aquella impresionante y luminosa Casa del Alumno para la Universidad Politécnica de Valencia, hasta las prodigiosas viviendas sociales de Castellón donde la curva se alza con fuerza y donde construye un garage con cartabones de hormigón muy hermoso. Desde la nueva estación del Metro de Valencia-Carlet hasta el nuevo Casino de Valencia. Todo coherente, todo de primera.

En esa lógica racional de su arquitectura, se le nota a José María Lozano que es docente, y muy bueno. Catedrático de Proyectos de la Escuela de Arquitectura de Valencia, donde empezó como profesor con Miguel Colomina que era un magnífico arquitecto y catedrático que levantó en Valencia un conjunto de obras de enorme calidad. El prestigio internacional de José María Lozano también le ha llevado a ejercer su docencia en países tan diversos como Polonia o Cuba. Y su ejemplar labor de investigación en la Universidad de Valencia se traduce en sus numerosos libros y publicaciones. Y su afán por difundir la Arquitectura de la que sigue siendo un entusiasta, le lleva a una labor eficaz en los medios de comunicación.

Una estupenda poetisa gaditana, Pilar Paz Pasamar dice que ella se dedicó a la Poesía cuando “descubrí que las palabras tienen música”. Y yo creo que José María Lozano con su Arquitectura ha descubierto hace mucho tiempo que el aire tiene música. Que la música está en el aire y la Arquitectura no es más que un instrumento para hacerlo sonar. Y vive Dios que el aire suena a música divina en su Arquitectura. Música divina que resuena ahora de manera sublime en este Museo Antonia Mir de Catarroja.